LA ANTORCHA

Año IV - Num. 211 | Toda correspondencia a: R. González Pacheco RIOJA 1689 - Teléf. U. T. 61, Corrales, 1158 | Subscripción Trimestral $ 1.20 Número suelto 0.10 centavos | Buenos Aires, Mayo 29 de 1926

Por Sacco y Vanzetti; contra el crimen

Una vez más la solidaridad internacional de los trabajadores y revolucionarios es puesta a prueba. Para triunfar de ella, no basta la inerte solidaridad moral de quienes repudian el crimen; es preciso traducirla en acción, y la más eficiente es esta:

BOICOT, BLOQUEO, SABOTAJE

Todavía no, verdugos yanquis. Aún no pusisteis el dedo sobre el botón que llevará la corriente eléctrica fulminadora de Vanzetti y Sacco y ya tenéis clavada en vuestra intención siniestra los ojos de todo el pueblo del mundo.

Os miran, os taladran o escrutan las entrañas. Todavía no.

Los ojos de todo el pueblo del mundo se fijan en vuestro dedo asesino. Son también como botones que desatarán contra vosotros, no una chispa, sino una hoguera inapagable, perpetua, eterna. El boicot, el bloqueo, el sabotaje a vuestros productos, bandidos yanquis!

Todavía no; no habéis vencido. Apretaréis el botón eléctrico y el pueblo apretará también sus párpados, llevándose, en un arrastrón furioso, vuestra imagen criminal al abismo de sus santos y definitivos odios. Y empezará la guerra, recien dará principio la lucha, N. América!

Os miramos, criminales. Pero mientras os miramos, nuestras manos trabajan, nuestra acción se abalanza, y nuestras pálidas bocas muerden y ensangrientan este santo y seña: todavía no. No habéis vencido. Todavía no. No es vuestra la victoria!

Os pelearemos con sangre, con fuego y con hierro. Y desde ya os plantamos el boicot, el bloqueo, el sabotaje. ¡Compañeros, hermanos, amigos: por Sacco y Vanzetti, a la lucha, a la acción, al trabajo!

Quien dijo. Tutto è perdutto. ? Todavía no Todavía no!

¡HUELGA DE HAMBRE!

Contra el infame abuso de Orden Social, nuestros compañeros la plantean a sus verdugos

LIBRES O MUERTOS!

Los perros de Orden Social, furiosos, envenenados por el fracaso de sus pesquisas para dar con el autor del bombazo a la embajada norteamericana, empiezan a revolverse contra los hombres caídos bajo sus hediondas garras. Ya los ofenden, los gritan, los carajean; ya está la ley en la culata del máuser de los milicos, en las uñas sucias de los alcaides, en las getas orangutanas de sus más infelices cagatintas. Ya empezaron los insultos, los plantones, las tropelías en que son maestros esos canallas. Es el despecho, la rabia babosa y tarasconeante.

Y como contra esta infamia no hay recurso ni alegato que les valga, nuestros compañeros presos han planteado, desde el viernes a primera hora, la huelga de hambre. Y ahí están ahora. El frío rincón oscuro del cuadro 5o., se caldeará iluminado con la fiebre varonil de su última y suprema resistencia. De esta actitud—nos escriben—no salimos sino libres o muertos!

Sin proceso ni pretexto; sin más que el capricho o el despecho de los perros que los acorralaron, su detención es injusta y es infame. Y si a esto todavía suman la ofensa y el baboseo, es inaguantable. ¡Huelga de hambre!

Compañeros, trabajadores, varones de la Anarquía: unid a vuestras protestas por la vida de Vanzetti y Sacco, un grito y un gesto más por la libertad de nuestros presos. Sed conscientes del valor de su resolución suprema. Agitad, complotad y recordad sus palabras corajudas:

¡O libres o muertos!

INVOCACION

Obrero, hombre o mujer del pueblo, en cuya condición de explotado se hace siempre presente la infamia y la injusticia del régimen del privilegio: a ti te llamamos; invocamos tu espíritu solidario; reclamamos tu contribución a una causa de justicia por la salvación de dos obreros, de dos inocentes sobre quienes se concitan todas las furias de la burguesía y del poder.

Sacco y Vanzetti se llaman estas víctimas. Obreros, como tú, como nosotros, participaron en huelgas, como tú mismo acaso, y en ellas su noble corazón y denodado espíritu combativo los hizo marchar a la vanguardia, animando a los caídos, encauzando a los desviados, fortaleciendo, con la palabra y el ejemplo, la acción de todos, hasta llegar al triunfo. Y así se señalaron a la venganza de los poderosos. Sobre sus cabezas había de caer el rayo de los heridos intereses capitalistas. Y el rayo fué. Se les imputó crímenes comunes, se aguzó contra ellos la jauría de la prensa burguesa, y, en un largo proceso, en que se agotaron todos los recursos de la infamia, la venalidad y el cinismo, fueron condenados, el 14 de Julio de 1921, a morir en la silla eléctrica.

Son dos obreros, tan inocentes como tú de los crímenes que se les imputa. El proletariado revolucionario de todo el mundo así lo comprendió, y por eso sus nombres fueron el grito de guerra de la solidaridad internacional, el santo y seña de la acción contra el cumplimiento de la bárbara sentencia. Por ellos estalló la cólera de los proletarios en las embajadas norteamericanas de todo el mundo. Por su salvación, las calles de las más importantes ciudades de la tierra, vieron pasar tumultuosas grandes manifestaciones del pueblo. Y la sentencia no se cumplió; se detuvo la mano del verdugo, y fué impedido el mortal contacto de los hilos eléctricos sobre el sillón macabro.

Pero la amenaza de muerte pendió siempre sobre ellos. Y ahora es ya inminente. Ya pasaron los tiempos de las grandes manifestaciones, ya no estalla, como antes, la cólera proletaria ante las embajadas del imperialismo yanqui, y por eso éste cree poder ejecutar impunemente el crimen en suspenso durante cinco años.

¿Dejarás, obrero, hombre o mujer del pueblo, que esto ocurra? ¿No acudirás al llamado, desoirás la invocación solidaria; negarás tu contribución a una gran causa de justicia? No queremos creerlo. Hay en ti, en tu conciencia, un fondo solidario, que queremos remover con la evidencia de la injusticia de que son víctimas Sacco y Vanzetti. Y esperamos que, cuando esta evidencia te ilumine, nos acompañes en esta cruzada de los proletarios de todo el mundo contra el crimen del imperialismo yanqui.

Desde hace más de seis años (5 de Mayo de 1920) Sacco y Vanzetti están en prisión. Y desde hace cerca de cinco años están en la celda de los condenados a muerte, en la cámara de la agonía. Están rodeados de enemigos. Muros, rejas y armas vigilan su encierro. Contra ellos estuvieron, y están, el odio del patronato, porque osaron combatirlo, la policía, la magistratura y el gobierno, enemigos temibles, poderosos, que se asociaron, se asocian siempre, para hundir en la cárcel y llevar a la silla eléctrica a dos inocentes. Hay más aún: al patronato, la policía, la magistratura y el gobierno yanquis, se unen los de todo el mundo que, en criminal solidaridad, quieren impedir a todo trance la agitación de los proletarios.

Sólo de ti, de nosotros, de todos los proletarios de la tierra pueden esperar su salvación Sacco y Vanzetti. Sólo tú, junto con todos los demás obreros, puede obrar en su defensa, insurgiendo contra el crimen legalizado, expresando en toda forma tu cólera contra la injusticia!

No defraudes, compañero proletario, la esperanza puesta en ti por esos dos revolucionarios que han sobrellevado ya una agónica espera de cinco años entre la vida y la muerte; no traiciones el sentido de justicia que debe imantar tu acción; no te hagas cómplice, con tu silencio y tu inactividad, del inminente crimen!

Despiértate, proletario! Sacude tu entorpecimiento, abandona tu pasividad, alístate por la justicia! Tú, que eres víctima de todas las injusticias, no puedes, no debes faltar en esta gran causa de justicia. Ven, ponte de pie, apresta tus energías, hazte cruzado de la justicia. Y no te encontrarás solo, que la justicia alienta en muchos pechos, impulsa muchos brazos, y su soberana voz penetra en muchos oídos que no la desoyen.

"La multitud, fuerte por su número — dice la anciana Severine — todo lo puede, cuando lo quiere". Somos los proletarios una vasta, inacabable multitud. Fuertes por el número, sepamos querer, y todo lo podremos!

NO NEGARSE

En esta campaña emprendida para salvar a Sacco y Vanzetti, son necesarias todas las voluntades. Lo esencial es no negarse. Aquí se necesitan a todos, de todos. No hay energía empleada que resulte del todo estéril. Lo mismo el que dice un discurso, que el que escribe una proclama, el que pega o distribuye un cartel o un volante, como el que arrime un centavo para la propaganda, o hasta aquel que en el supremo momento arroje una bomba, todo es útil, todo es bello, todo es humano, porque todo contribuye a salvar esas vidas a punto de ser truncadas por la justicia yanki.

Algo de esto, tú puedes hacerlo, hermano. Hijo y mujer del pueblo, no te niegues. Haz algo de lo que te indicamos, y si tú encuentras algo mejor, hazlo también; será más bello siempre porque será tuyo, propio, lo habrás parido tú sólo y será la fiel expresión de tu voluntad. Así hacemos los anarquistas. Cada cual un poco, y todo ello levanta la obra.

Y en esta obra, en la de salvar a Sacco y Vanzetti, estamos ahora. Para ello todo será poco, si pocos somos los que damos algo: trabajo, dinero, libertad. Algo de esto todos podemos dar y, ¿quién ha de negarse? Burgueses y policías — diréis — sí, pero proletarios, anarquistas, nunca; estos nunca se han negado, nunca se niegan y en esta hora de afirmación para el anarquismo y para los anarquistas, quien se niegue será eso, nomás: burgués, policía, o, en el mejor de los casos, un pobre diablo.

A no ser nada de esto se ha dicho ahora, pues.

A no negarse, entonces.

Por Sacco y por Vanzetti, afirmémonos en esta hora de prueba.

SOCORRO!

Es el 1.° de noviembre que el verdugo deberá aferrarlos, sentarlos sobre la silla fatal, donde será confiada a la energía eléctrica la tarea de asesinarlos — más o menos rápidamente — según el buen funcionamiento del aparato o el capricho de la corriente.

Y ellos irán a reunirse a aquellos cuya imagen está aquí, delante mío, a reconfortarme en los momentos de crisis y de debilidad: ocho medallones de los cuales cinco dentro de un faja de luto y los otros tres reunidos por pesadas cadenas. Y debajo de cada uno de estos medallones la firma autógrafa: Parson, Linggs, Spies, Fischer, Engel; y más abajo: Schwab, Fieldel y Neebe. Y más abajo todavía la divisa fatídica: "Libertad, Justicia, Igualdad!"

Son los mártires anarquistas de Chicago. Cuatro de ellos fueron ahorcados; el quinto se había suicidado la víspera del suplicio. Fischer — un alemán — se acercó al patíbulo cantando aquella "Marsellesa" que era todavía en aquellos tiempos, un himno revolucionario. Y Spies — antes que le hubieran apretado el cuello en el nudo corredizo — lanzaba bravamente su admonición, vueltos a su ideal los ojos de la mente:

"Vendrá un día en que nuestro silencio será más poderoso que las voces que hoy estranguláis!..."

Y hénos ahora, treinta y cuatro años después que la voz de Spies resonaba en el patio de la prisión, ante las cuatro horcas alineadas; hénos ahora de nuevo delante de aquella misma apariencia de razón de Estado por la cual, no solamente por odio a la verdad sino en ultraje de la misma verosimilitud, se atribuye el crimen al adversario para tener más fácil medio de suprimirlo.

Ha habido después de aquel día la guerra, es cierto: bello retorno sobre sus pasos de nuestra alabada civilización! Pero ella ha durado solamente cuatro años. Y de los otros treinta, qué habéis hecho, oh mis contemporáneos?

Sí, lo sé: se ha hecho lo que se ha podido...

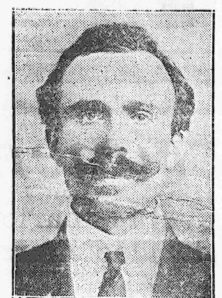
...No tenemos ya veinte años, nosotros; y ni siquiera la hermosa cuarentena, que es el estío en la plenitud de su fuerza. Pero otros los tienen. Y aquellos milagros que hemos cumplido nosotros, en nuestros tiempos, contra todas las fuerzas coaligadas en defensa de la injusticia, no se podría renovarlos hoy contra las potencias capitalistas encarnizadas contra los dos inocentes?

La multitud, fuerte por su número todo lo puede, cuando lo quiere. Sabrá ella querer? Todo depende de esto. Sacco y Vanzetti, no se olvide, no tienen, legalmente, más que pocos días de vida...

SEVERINE

SACCO Y VANZETTI

QUIENES SON? QUE PIENSAN?



Carta de Vanzetti

Yo soy y seré hasta el último momento — a menos que me aperciba de estar en el error, — comunista anarquista, porque creo que el comunismo es la forma más humana del contrato social.

Nací el 11 de Junio de 1888, de Juan Bautista Vanzetti y de Susana Nivelli, en Villafalletto, provincia de Cúneo (Piamonte). Esta comuna está situada sobre la ribera derecha del Magra, al pie de una hermosa cadena de colinas. Ella es eminentemente agrícola. Viví allí hasta los 13 años, en el seno de mi familia.

Frecuenté la escuela del lugar. Amaba el estudio. Octuve el primer premio en el examen de salida y el segundo en catecismo. Mi padre estaba indeciso si debía dejarme continuar mis estudios o enseñarme un oficio. Un día leí en la "Gazzetta del Popolo" que en Turín 42 abogados se habían presentado para un empleo retribuído con 45 liras por mes. Esto me decidió.

En 1901, entré con Correiro, pastelero en Cúneo. Trabajé veinte meses.

(De Cúneo, Vanzetti fué a Cavour, en 1905 a Turín, donde, en Febrero de 1907, cayó enfermo).

Mi madre me recibió sollozando. Estuve en cama más de un mes, y durante dos meses hube de caminar con ayuda de un bastón. En fin, recobré la salud. De esta época, hasta mi partida para América, viví con mi familia. Este período fué uno de los más dichosos de mi vida.

Un triste día, mi madre cayó enferma. Lo que ella sufrió, yo y la familia, ninguna pluma sabría describirlo. La ciencia, los cuidados, el amor, nada pudo nada: después de tres meses de cama, en el silencio crepuscular de una tarde, ella expiró en mis brazos.

El 9 de Junio de 1908, dejé aquellos que me eran queridos. Mi dolor era tan profundo que los abracé y les estreché las manos sin poder pronunciar una palabra. Mi padre, preso de la misma emoción, estaba mudo a mi lado, mientras mis hermanas sollozaban como el día en que murió mi madre. Los habitantes de la comuna habían corrido al umbral de mi puerta; cada uno me saludó con emoción.

...Durante cinco meses, recorrí todas las casas sin encontrar trabajo. En fin, caí en una agencia que buscaba hombres para trabajos de desmonte. Ofrecí mis servicios. Fuí conducido, con una tropa de hombres harapientos, a un barracón en medio de los bosques, en la vecindad de Springfield (Massachusets), donde se construía un trozo de vía férrea... Algún tiempo después me fuí con un compañero a otro barracón situado en las inmediaciones de Worcester. Viví allí más de un año; conocí compañeros y amigos cuyo recuerdo afectuoso está todavía vivaz en mí.

De Worcester fuí a Plymouth. Abandoné el trabajo de fábrica y comencé a trabajar como peón de mano en los trabajos de construcción.

Alrededor de ocho meses antes de mi arresto, uno de mis amigos que regresaba a Italia, me dijo: "¿Por qué no adquieres mi carrito, mis cuchillos y mis pesas, y no vas a vender pescado como yo, en lugar de someterte a jefes?" Adquirí todo y me hice vendedor de pescado por amor a la independencia.

Poco tiempo después, una carta de mi amigo y compañero Sacco, me invitaba a ir a verlo, porque habiendo muerto su madre, deseaba ir a Italia.

Habiendo ido a Boston el domingo 2 de Mayo, debía ver a Sacco el lunes siguiente. El 5 de Mayo fuí arrestado con él mientras íbamos a Brokton.

Después de once días de proceso fuí reconocido culpable. El 16 de Agosto era condenado a 15 años de trabajos forzados por un crimen que no había cometido. (1)

Mi vida intelectual. — He frecuentado la escuela desde los 6 hasta los 13 años. Amaba el estudio con verdadera pasión. Durante los tres años que estuve en Cavour, tuve la suerte de codearme con algunas doctas personas. Leía todos los periódicos que me caían en las manos. Mi patrón estaba abonado a un semanario católico de Génova. Yo era entonces un católico ferviente.

El último tiempo de mi estada en Italia, aprendí mucho del doctor Francia, del químico Serunaglia y del veterinario Bo. Comprendí entonces ya que la más grande llaga de la humanidad era la ignorancia y la deformación de los sentimientos naturales. Mi religión no tenía necesidad de templos, altares ni oraciones. Dios, para mí, era un ser espiritual y despojado de todo atributo humano. Así, cuando mi padre me decía frecuentemente que la religión era necesaria para poner un freno a las pasiones humanas y consolar al hombre en medio de sus vicisitudes, yo movía la cabeza, situándome entre el sí y el no. Es con este estado de alma que atravesé el océano.

Llegado aquí, experimenté todos los sufrimientos, todas las desilusiones, todas las penas de aquel que se embarca a los veinte años, ignorante de la vida, un poco soñador, y que ve inmediatamente todas las villanías de la vida, todas las injusticias, toda la corrupción, la vía tortuosa por la cual marcha, a tanteos, tragicamente, la humanidad.

A pesar de todo, conseguí fortificarme, física e intelectualmente.

Al estudio, he añadido siempre una continua, una inexorable observación de los hombres, los animales, las plantas, en una palabra, de todo lo que rodea al hombre. El libro de la vida: he ahí el libro de los libros. Todos los libros no tienen por objeto sino enseñar a leer éste — los libros honestos, se entiende; los otros tienen objetos opuestos.

La meditación de este gran libro ha determinado mis acciones y mis principios; despreciaba el "cada uno para sí y Dios para todos"; me colocaba del lado de los débiles, los oprimidos, los pobres, los simples, los perseguidos; admiraba la fuerza, el heroísmo, el sacrificio puestos al servicio de la Justicia; comprendí que en el nombre de Dios, de la Ley, de la Patria, de la Libertad, de las mas puras abstracciones del espíritu, o los más altos ideales humanos, se perpetúan y se perpetuarán los crímenes más feroces hasta el día en que sea adquirida la luz, y no sea permitido a un ínfimo puñado de hombres hacer cometer el mal en nombre del bien, a la innumerable multitud humana.

Comprendí que no impunemente viola el hombre las leyes que están en él, y que no puede cortar los lazos que lo unen al universo.

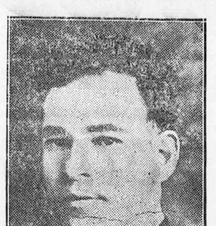
Yo soy y seré hasta el último momento — a menos que me aperciba estar en el error, — comunista anarquista, porque creo que el comunismo es la forma más humana del contrato social, porque sé que es con la libertad que el hombre se eleva, se ennoblece y se completa.

En la espera, yo dirijo a los compañeros, a los amigos, a los hombres de bondad, mi beso fraternal, mi profundo reconocimiento, mi amor y el saludo del porvenir.

Bartolomé Vanzetti.

---

(1) Fuí condenado en seguida, con Sacco, a la silla eléctrica, es decir: a muerte.



Carta de Sacco

Mi crimen, de que estoy orgulloso, es haber soñado con una vida mejor, hecha de fraternidad, de solidaridad y de ayuda mutua; de ser, en una palabra, anarquista.

Nací en Torre-Maggiore, en la provincia de Foggia, el 23 de Abril de 1891. Viví hasta los 17 años rodeado de la afección de mis padres; ninguna nube vino a turbar la serenidad de las buenas relaciones que duraron siempre entre mi padre, mi madre y mis hermanos.

A la edad de la adolescencia, trabajaba con mis hermanos y mi padre en la propiedad paterna.

Pero la precariedad en la cual se debate la existencia de todo pequeño propietario en Italia, la curiosidad natural de todo adolescente, el deseo de afrontar lo desconocido, de experimentar sensaciones nuevas, de crear para sí, por su actividad, por su clarividencia, un mundo en el cual cada uno pueda reivindicar su derecho natural a la existencia, me impulsaron a emigrar.

La América estaba indicada como la tierra prometida.

Llegué, luego, a América, casi ignorante de las cuestiones políticas, y de las múltiples y multicolores tendencias; tenía únicamente una cierta simpatía por Mazzini y, por reflejo, por el ideal que él había enseñado y agitado. Si, en ese momento, hubiera debido ir a un partido para aportar mi modesto esfuerzo, no hubiera vacilado en declararme republicano.

Vine a América en 1908. Fué un año terrible de desocupación, de miseria, de hambre. Experimenté ya mis primeras desilusiones.

En Italia, había tenido ocasión de aprender algún poco la mecánica. Llegado a América, esto no me servía de nada. Los italianos, en esta época, estaban todos descartados de las usinas. Un prejuicio, que la avidez gigantesca engendrada por la guerra ha extirpado en parte, hacía que el trabajo de usina estuviera considerado como un privilegio no perteneciente sino a los puros yanquis.

Hube de contentarme con hacer de mozo de agua ("water-boy"), con el empresario italiano Janitello, de Mildford (Massachusets).

De ahí volví a Mildford, y encontré la ocupación de "edge trimming", en la fábrica de calzados de Kelley. Estuve en ella siete años. Ellos fueron, después de aquellos pasados en el seno de mi familia, los años más tranquilos y más dichosos de mi existencia. Es ahí que conocí a aquella que vino a ser mi mujer, mi querida Rosina...

Y, perdonadme el paréntesis. Vosotros que sois hombres que lucháis, como yo, por una humanidad más apta para crear y conservar los más altos sentimientos de afección y de amor, comprenderéis el estado de alma en que me encuentro al pensar en la buena compañera que ha sabido sostenerme en mi arduo calvario.

La conocí cuando murió mi madre. Nuestro amor fué un alba poderosa sobre el declinar de una vida: se acreció en las vicisitudes de la lucha a la cual yo me había entregado, y no perecerá ni aún si la infame mascarilla reservada a los criminales debe abatir mi juventud robusta.

En Mildford tuvimos un hijo: Dante.

(Aquí hace alusión a los tristes primeros días de la guerra, contra la cual se levantaba su conciencia, que entreveía los fines egoístas.)

Y continúa:

Yo me lancé en cuerpo y alma a la pelea; me hice el organizador de mitines y conferencias; pertenecí, durante poco tiempo, a la Federación Socialista Italiana. Pero, deseando más aire, no queriendo perderme en las luchas estériles que debía alcanzar su apogeo con la exaltación de una unidad obrera en concurrencia con otra, fuí dirigido, por mi ardor y mi voluntad de acción, hacia las agrupaciones libres, hasta el día nefasto en que las manos impúdicas de los esbirros me capturaron y me designaron a las represalias del enemigo: y llegué a la jaula en que se me mantiene injustamente — aún según la justicia más ortodoxa, — fuera de la humanidad.

El 5 de Mayo, mientras que con mi camarada y amigo Vanzetti, venía de organizar un mitin de protesta contra la encarcelación arbitraria de que fueron víctimas **Roberto Elía** y **Andrés Salcedo** (este último asesinado por los agentes de la policía federalista justamente ese día), fuí arrestado y conducido a prisión.

¿De qué estaba yo inculpado? De un infame, de un atroz crimen que mi cerebro no podía concebir.

Mi crimen, el único crimen, de que estoy orgulloso, es el de haber soñado una vida mejor, hecha de fraternidad, de solidaridad, de ayuda mutua; de ser, en una palabra, anarquista, y por este crimen, tengo el orgullo de terminar entre las manos del verdugo. Pero, que tengan, luego, el coraje de decirlo, de gritar al mundo — los gobernantes y los asalariados de los Estados Unidos, — que habiendo adquirido su independencia en nombre de la libertad, ellos pisotean esta libertad en todos los actos de su existencia.

Y yo moriré dichoso de añadir mi nombre obscuro a la lista gloriosa de los mártires que han creído en la revolución social y en la redención humana.

Nicolás Sacco.

LA AGITACION

LOS PRESOS — HUELGA DE HAMBRE

En el transcurso de la corriente semana, la policía ha ido poniendo en libertad, poco a poco, a la mayor parte de los detenidos a raíz de la explosión en la embajada norteamericana. Quedaban aún ayer, viernes, alrededor de quince compañeros presos, sobre quienes la policía hace recaer en esa forma, como castigo, el fracaso de sus pesquisas.

Ayer, viernes, a la mañana, a consecuencia de un plantón impuesto a dos compañeros, y como acción de protesta por el atropello policial de que son víctimas, los compañeros Carmelo Freda, Horacio Badaraco, A. López Lombardero, A. Furnarakis, E. Cicorelli, Federico Mauro, S. Opizzo y R. Lavarello — estos tres últimos traídos de Rosario — y no sabemos si algún otro más, se han declarado en huelga de hambre. Esta actitud de los presos, firme y serena determinación de inquebrantables espíritus, puso en movimiento a guardianes, oficiales y alcaides, a quienes mortifica aún el ejemplo de aquella huelga de hambre de años atrás, en que la policía tuvo que morder el fracaso ante la indoblegable voluntad de los que esgrimían, como instrumento de liberación, el voluntario ayuno. De inmediato, a las pocas horas, pusieron en libertad a cuatro o cinco compañeros, de los cuales tres, González Pacheco, Romano y Di Giovanni, participaban en la huelga de hambre.

Quedan, pues, ocho compañeros, que, desde el viernes a la mañana, han recurrido a la suprema arma de la huelga de hambre para hacer valer su resistencia y su protesta contra el atropello policial.

Sumemos este motivo de agitación, a la que promovemos por Sacco y Vanzetti, que por agitar precisamente la causa de éstos han caído presos.

Queremos la libertad, o la muerte, dijeron los dos condenados a la silla eléctrica. Queremos la libertad, o nos dejaremos morir de hambre — dicen los ocho compañeros presos.

Activemos, agitemos, esforcémonos, por que no se mate a aquellos, ni se tenga encarcelados a éstos. Si ellos, que están presos, circuidos de rejas, rodeados de enemigos armados, saben recurrir a una acción en la que se juegan la vida, sepamos nosotros, los que no estamos presos, jugarnos enteramente en la acción por Sacco y Vanzetti y por ellos. Que a su ayuno, corresponda un redoble de la acción!

LA ACTIVIDAD EN EL INTERIOR

En las más importantes localidades del interior, los compañeros continúan en la obra de extender la agitación por Sacco y Vanzetti. De los actos realizados no podemos hacer reseña por la carencia de información. Sabemos, empero, que se llevaron a cabo, con todo éxito, actos en La Plata, Berisso, Bahía Blanca, Rosario, Tucumán, Tandil, y que en otros lugares, donde no ha sido posible realizarlos, se hicieron circular profusamente manifiestos de agitación, como en Avellaneda, Balcarce, Córdoba, Arrecifes, y a través de todo el país, grandes cantidades de nuestros boletines.

Para el próximo domingo 30, nos ha llegado datos de los siguientes mitines a realizar:

En La Plata, mitin a la tarde, en la plaza principal.

En Berisso, mitin a la mañana, en la plaza.

En San Fernando y Tigre, mitin a las diez de la mañana, en la plaza del canal.

En Arrecifes, mitin a las 14 horas, en la plaza Bmé. Mitre.

En Pergamino, mitin a la tarde, en la plaza principal.

También en Rosario y Tandil se realizarán otros actos, pero no tenemos mayores datos acerca de ellos.

OBJETIVO DE ACCION: EL BOICOT.

La agitación sigue, pues, y más irá creciendo en el interior del país. Pero es preciso orientarla hacia un objetivo de lucha y ninguno será más eficiente que el boicot y el sabotage a los productos norteamericanos.

Enderecemos nuestra agitación en ese sentido, tratando de encauzar en él a los obreros, a los gremios, a todos los revolucionarios. La reprobación verbal de la infamia, con todo llevar a muchos espíritus el convencimiento de la inocencia de las dos víctimas, no basta. Que el ardor que hace subir el grito a los labios, baje también a los puños, y los crispe y los contraiga en la firme decisión de obrar. Hablar, escribir, no basta. Hay que hacer.

La solidaridad en la agitación

Es un postulado definitivamente aceptado en todos núcleos revolucionarios el de la solidaridad. Cualesquiera que sean los planes o conceptos que se tengan sobre la estructura de la sociedad nueva, es evidente que desde el momento en que se declara la lucha contra la iniquidad actual se contrae un pacto de estrecha solidaridad. con todos aquellos hombres que a tal iniquidad combaten y que caen víctimas de la misma.

Un revolucionario, es decir un hombre que se yergue contra las instituciones opresivas, no puede negarse jamás a prestar su esfuerzo cuando se trata de protestar contra una gran injusticia que parte directamente de aquellas instituciones. No puede contra ello alegar ninguna excusa; no importa para el caso si la víctima es o nó un rebelde, si pertenece a ésta u otra clase social y menos a ésta o aquella escuela ideológica.

La protesta, el repudio, la condenación más ardiente contra la barbarie estatal debe partir rápida, espontánea, sin cálculos ni combinaciones; negarse a ello, buscar subterfugios de leguleyos es la peor y más terminante de las claudicaciones. El hombre que llega a éste extremo sólo merece figurar entre las huestes negras de la reacción o entro el rebaño informe de los indiferentes.

Estas consideraciones podemos aplicarlas como una piedra de toque infalible en el caso actual de Sacco y Vanzetti.

Todos saben que ninguna causa como ésta reunía en sí los caracteres más relevantes para provocar una estrecha y unánime solidaridad de parte de los que se llaman revolucionarios y aún de aquellos que sin serlo pretenden tener un concepto elevado de la justicia.

Lo absurdo de la imputación, la enormidad de la pena, lo brutal del procedimiento, la resonancia mundial que el proceso ha tenido, la personalidad misma, neta y definida de los mártires, todo esto es motivo más que suficiente para unir en un sólo grito de indignada protesta a todos los hombres honrados.

No se trataba de saber aquí si tal protesta iba o no a ser eficaz después que "todo estaba perdido"; o si iba o no a hallar eco en la masa del pueblo, o si la represión estatal iba o no a ser inmediata. Se trataba pura y simplemente de agitar, de protestar, de repudiar violentamente el crimen de la justicia yanqui, por el hecho en sí, como una denuncia y una requisitoria formidable llevada por nosotros ante la conciencia del pueblo contra la iniquidad histórica.

Había y hay una necesidad imperiosa de aclarar el significado de semejantes procesos, hay que marcar como a hierro candente a toda esta civilización que permite o da lugar a hechos tan monstruosos.

Semejante obra se puede realizar no importa cuales sean las circunstancias de ambiente o de oportunidad; todos los momentos son propicios cuando hay voluntad de obrar en ese sentido. Esta obra solidaria de agitación incumbe sin distinción a todos los hombres que no figuran en las filas de los sicarios.

¿Quiénes son pués aquellos que llamándose gente de vanguardia se niegan a ella?

Qué son sinó viles claudicantes, renegados de la peor especie, que hacen el juego al verdugismo de la justicia yanqui?

Nunca como ahora es cierto aquello de que el que calla otorga y aquí se trata nada menos que de dar el visto bueno al crimen más inícuo de este siglo.

¡Hombres libres de todas las tendencias, si no queréis mancharos con una complicidad tan repugnante, perseverad en la agitación por Sacco y Vanzetti!